

DE LA METAFISICA Y LA CIENCIA

(Nota sobre la autonomía del pensamiento científico)*

Nelson R. Vergara M.

1. Se ha observado que una de las constantes que caracterizan al pensamiento reflexivo contemporáneo, sea filosófico o científico, es la actitud con que se sitúa ante la filosofía misma; específicamente, frente a la metafísica.¹ Al respecto vemos que de distintas maneras, y acaso por diferentes razones, se ha mantenido hasta hoy, bajo múltiples formas, el antagonismo originado a comienzos de siglo, según el cual la reflexión se justificaba a sí misma en la metafísica, o se declaraba con pretensiones de independencia, constituyéndose muchas veces por oposición a ella. Es claro que entre estos extremos han cabido también posiciones intermedias.

De las tendencias que no renunciaron a la dimensión metafísica, como esencial a toda reflexión radical sobre algo, destacamos por lo pronto, el pensamiento "existencial" europeo, incluyendo en ello el pensar español que giró en torno a la llamada Escuela de Madrid, así como aquel pensamiento que asumirá y desarrollará de un modo original la fenomenología (Hartmann, Scheler), y también aquellas investigaciones emanadas del ámbito científico, particularmente desde la física, la matemática y la lógica, y que de un modo tan característico respondieron a la situación conocida como de "crisis de fundamentos" de las ciencias ejemplares.²

En el otro frente, y fundada en una intención formal de autonomía, encontramos varias corrientes cuyos límites no son siempre claros porque no son definitivos. Una de ellas, y que afectó particularmente a las ciencias sociales y humanas, sobre todo de procedencia europea, prescindió, en su constitución, de toda ingerencia metafísica, pero sin llegar a cuestionarla en su derecho a un dominio. Se trató más bien de definir su identidad, objetiva y metodológicamente, con respecto a ella, pero afirmando en esta relación su necesidad de efectiva y radical independencia. En general, se situaron teniendo a la vista el caso ejemplar de la lingüística.³

Otra vertiente, por el contrario, ha mostrado desde el comienzo, o un profundo desconocimiento y a veces negación de to-

do el valor positivo proveniente del campo metafísico, como es el caso de las líneas desarrolladas desde el positivismo y el empirismo lógico⁴, o ha restringido considerablemente su alcance y validez, tal como lo encontramos en investigaciones epistemológicas más recientes, que si bien por un lado conceden espacio a los aspectos ontológicos de sus objetos o procedimientos de investigación, siguen sin embargo estimándolos en "función del conocimiento" y, por tanto, privilegiando las dimensiones cognoscitivas, especialmente científicas. En este contexto, lo metafísico no existe como dimensión propia, o mejor dicho, no tiene por sí ninguna relevancia. Sólo la adquiere por su relación con el pensamiento científico, por su mayor o menor inherencia a él⁵.

Una tercera vertiente permite visualizar tendencias filosóficas y científicas donde, en primera instancia, resulta "ambigua" su relación con la metafísica, o paradójal si se quiere, ya que es desde una muy precisa actitud y concepción metafísica que se pretende en algunos casos, como en los de M. Heidegger y J. P. Sartre, la superación de ella, o su rechazo como en las investigaciones de un A. Gramsci, de un G. Lukács, de un L. Althusser, de un R. Garaudy, etc. En este mismo espacio dominado por la "ambigüedad" podríamos situar también los estudios que giran en torno a la "Crítica de las Ideologías", y de la interpretación o "Hermenéutica" (J. Habermas, H. G. Gadamer, P. Ricoeur, etc.), o de las disciplinas semiológicas o de la Estética, etc. Para este último caso recordamos las reflexiones de un G. Dorfles, de un U. Eco, de un M. Bense, entre otros.

2. Como puede observarse, el problema es bastante complejo y habría que abordarlo con cautela, ya que no siempre resulta claro y evidente desde dónde y hasta dónde una actitud que, con más o menos formalidad, se declara partidaria de evitar todo contagio metafísico, se realiza, así sin más, con coherencia y consecuencia respecto de este principio (o supuesto, o postulado), sin incurrir en una "petición de principios". Lo que sigue pretende contribuir con la necesidad de mantener vigente el llamado de atención sobre los riesgos que se corren cuando la reflexión adopta una actitud demasiado concluyente y exclusivista, desconociendo con ello toda otra posibilidad de aproximación a un objeto, o restándole radicalmente validez. Nos referimos ahora de modo particular a las teorías o disciplinas que han fundado su identidad en la mayor o menor autonomía de la metafísica y, en este sentido, en la independencia de la filosofía.

3. La cautela aludida podría asumirse considerando, por lo menos en un nivel provisional y entre otras posibilidades, dos situaciones. Una, aquella desde la que se sostiene que la actitud ante la metafísica suele responder a una determinada concepción, idea o noción que se tenga de ella, y que puede afectar tanto al objeto como al método de investigación, a los principios y supuestos en que se sustenta, o a las conclusiones o consecuencias que de ella se derivan, tanto en un plano lógico como ontológico. De modo que en este contexto siempre convendrá precisar qué es aquello que, desde una teoría determinada, se está designando como metafísico, a qué dimensiones del pensar o de la realidad se está asignando y con qué alcances y límites. La idea es que incluso las concepciones "antimetafísicas" no lo son por idénticas razones ni afectan siempre a los mismos elementos, ni siquiera cuando hay coincidencia en los planos o dimensiones considerados ⁶.

La otra situación nos abre una posibilidad distinta, aunque no independiente de la anterior. Ella consiste en "evaluar" la coherencia entre los principios y consecuencias de una teoría, observando qué relación afectiva guarda con lo que esencialmente define a toda metafísica, previo al concepto o idea que se tenga de ella; es decir, su relación con lo que es metafísico, cualquiera sea la teoría metafísica desde la que se hable, a la que se responda, o se haga referencia. Para la interpretación, la relación entre ambas posibilidades o situaciones existe, pero no es unívoca. Sólo suponemos por el momento que, si bien lo metafísico se inscribe en una cierta noción, aunque manifiesto en una teoría, responde a una condición o propiedad de la realidad más que a una condición o propiedad de la teoría misma; o sea, que es en virtud de algo que algo es considerado como metafísico, y que este algo en cuya virtud lo es podría perfectamente referir a una cuestión real y no conceptual. En lo que sigue acercamos algunas ideas orientada a ilustrar esta segunda posibilidad. Lo hacemos, aunque parezca contradictorio, sobre la base del supuesto de que toda teoría filosófica o científica, lo reconozca o no, hunde sus raíces en un fundamento metafísico, acaso porque el terreno en que germinan estas teorías, las circunstancias que las hacen posible, ha estado desde un comienzo (esto es, a partir de un cierto momento), determinado, configurado, estructurado por la metafísica, y que por eso ha afectado siempre a todo pensar reflexivo ⁷.

4. Para la ilustración antedicha, nos referimos al contacto entre las teorías o disciplinas y tres cuestiones reconocidas

como eminentemente metafísicas, acaso incuestionablemente metafísicas, en virtud, de una tradición que las establece como tales y ante las que no se conocen posiciones discrepantes.

Así, por un lado, no parece haber duda en la idea de que la metafísica juega uno de sus caracteres fundamentales en la división de "lo que hay", en algo así como dos mundos; en la duplicación de "lo que hay": a) en este mundo y b) un mundo otro, caracterizados por oposición y pensados en relaciones de dependencias o independencia. La denominación más conocida, más habitual, es la de un mundo sensible (patente y desencubierto, el mundo de la cotidianidad y por tanto de la contingencia), frente a un mundo (o transmundo) inteligible (latente y encubierto, mundo de lo eterno, permanente, intemporal), distinción que se aplica también a nivel de los componentes estructurales y "legalidades" de estos mundos, en sí mismos o en sus supuestas relaciones⁸.

Por otro lado, y de alguna forma conectado con lo anterior, se nombra como metafísico todo aquello desde lo cual se ha pretendido, desde un comienzo, decidir en torno a la consistencia más radical de algo, así como de su verdad y de su valor, y que se expresa en las nociones de Apariencia y Realidad. De modo que referirse a algo desde estos términos, poniéndolo en relación con estos supuestos, u observándolo desde el ámbito u horizonte abierto por ellos, es considerar ese algo desde una dimensión metafísica; así como lo es determinarlo en vista de la distinción "sensible-inteligible", "empírico-eidético", etc.

Refiriéndose a esto, Francisco Soler G.,⁹ escribía que es esencial a la filosofía la descalificación del mundo habitual y la postura de un transmundo, que es el sentido y la verdad del cotidiano. Y agregaba:

La filosofía, pues, se mueve entre estos mundos: el patente y desencubierto, el mundo de lo consabido "por todo el mundo", y otro latente en el que se sumerge el pensador rastreando el sentido de cuanto acontece /en aquél/... Las cosas de nuestro mundo habitual no son propiamente lo que parecen ser; su sentido, verdad y última realidad está en ellos escondido. Dicho de otra manera, las cosas del mundo son meras apariencias; no son la verdad...

Y, en fin, ha sido considerado como metafísico también, todo aquello que en una concepción fundamenta que "lo que hay", cualquiera sea su consistencia, deviene, se origina, encuentra su razón en algo que es condición *sine qua non* para su ser o su verdad. Esto es lo que se ha llamado un principio: aquello desde lo cual algo viene a ser lo que es o desde lo cual le viene su carácter de verdad. De este modo las cosas, vistas individualmente o en su conjunto, pueden y deben estar referidas a sus principios para que resulten inteligibles; es decir, para que manifiesten u ostenten su sentido. Sin esta referencia, ellas quedarían sin sentido; serían, por tanto, i-lógicas. Así, el principio asume también un valor explicativo.

Es, pues, la filosofía -dice Soler- un viaje hacia las profundidades desde las superficialidades; camino en el que se toca fondo, el fundamento de cuanto acaece... Tras las maravillosas, múltiples y aparentes cosas... se esconde algo que es común en todas ellas... Filosofar es reunir la dispersión de las cosas todas en lo uno de ellas... Eón, einai, ente, ser, es la palabra con la que se nos ha transmitido el ámbito propio del filosofar (p. 155).

Pero a este transmundo de la filosofía le es característico, afirma Soler, que tras él, a su vez, no hay ningún otro; que ese transmundo es lo último que hay

y como, al mismo tiempo, de lo propio de eso último 'proviene' todo cuanto hay, puede decirse también que eso último es lo primario o primero; si hay cosas es porque hay 'ser' (idem).

Pues bien, eso último que hay, ese 'ser', corresponde a una de las tantas formas de referencia a un principio inteligible que constituye la verdadera realidad ¹⁰.

5. Las relaciones entre estos y otros "hechos" metafísicos son variadas y la filosofía las ha venido concretando de diferentes maneras, privilegiando ya una dimensión, ya la otra, asignando a tal o cual el rango de realidad por excelencia, elevan-

do este o el otro principio o sistemas de principios, al nivel de primero o último, absoluto o relativo, etc. Pero en la medida en que han estado ahí y han tenido funcionalidad expresa o implícita, han proporcionado a las teorías una mayor o menor relación con la metafísica, y que en su afán de autonomía, acaso consciente y voluntariamente niegan.

Así podemos observar, a modo de ejemplo, que actualmente revelan su conexión con ella, todas aquellas teorías y disciplinas que hallan algún fundamento en la idea o noción de signo, en la medida en que bajo tal noción se sigue entendiendo algo así como una unidad de dimensiones sensibles e inteligibles, tal y como se muestran en los conceptos de significante y significado, a pesar de los intentos de trascender tal posición. C. Levi-Strauss, según J. Derrida, ha pretendido esa trascendencia afirmándose en el nivel de los signos, pero, cree este último que

la necesidad, la fuerza y la legitimidad de su gesto no pueden hacernos olvidar que el concepto de signo no puede en sí mismo rebasar esta oposición de lo sensible y de lo inteligible. Está subordinado por esta oposición: de parte a parte y a través de la totalidad de su historia. Sólo ha vivido de ella y de su sistema ¹¹.

Por otra parte, son también de algún modo subsidiarios de la metafísica, sistemas teóricos referidos a fenómenos que se designan con los términos de "ideología", "enajenación", "falsa conciencia", "conciencia real", etc., y que aun bajo una perspectiva científica, dejan deslizar esa oposición fundamental de la realidad y la pseudorrealidad de la realidad verdadera y de la realidad aparente. En esta línea observamos los desarrollos del psicoanálisis freudiano o antifreudiano y del materialismo dialéctico, entre otros ¹².

A modo de ejemplo, y más allá de toda la discusión que ha generado, se propone la noción de "ideología", según uno de sus más recientes analistas. En Polémica sobre marxismo y humanismo, dice L. Althusser que en la ideología,

los hombres expresan... no su relación con sus condiciones de existencia, sino la manera en que viven

su relación con sus condiciones de existencia: lo que supone a la vez una relación real y una relación "vivida", "imaginaria". La ideología es... la expresión de la relación de los hombres con su "mundo", es decir, la unidad (sobredeterminada) de su relación real y de su relación imaginaria con sus condiciones de existencia reales¹³.

En lo que se refiere, por último, al problema de los principios, en el sentido acotado más arriba, ubicamos teorías que sustentan la condición de realidad de algo en su pertenencia a un ámbito abierto por instancias de índole muy variada, como son las de tipo políticas, económicas, culturales, tecnológicas, etc., tal como pueden encontrarse en las ciencias sociales y humanas, o por otras como "la aceleración del cambio"¹⁴ o la "represión"¹⁵ consideradas como principios, y que también encontramos en estas mismas ciencias. En algunos casos es uno el principio de donde algo viene a ser lo que es; en otros, los principios son múltiples, y en este contexto aparecen ya coordinados, ya subordinados entre sí. Pero lo concreto es que dan a las cosas ese carácter de necesidad que a veces manifiestan y otras veces ocultan, pero que constituyen su esencia, su modo de ser propio, su mismidad, etc. Así, en su interpretación del psicoanálisis, Norman Brown ha escrito que la llave del pensamiento freudiano está en la palabra "represión". Sin embargo este principio no es de orden conceptual, sino real:

La revolución freudiana es esa radical revisión de las teorías tradicionales de la naturaleza y de la sociedad humanas, que se hace necesaria si se reconoce la represión como un hecho (p. 17).

Y este principio apunta, según este autor, está orientado hacia la realidad de lo que se quiere explicar:

En la nueva perspectiva freudiana, la esencia de la sociedad es la represión del individuo, y la esencia del individuo es la represión de sí mismo (idem).

6. Ahora bien, sin pretensión de conclusiones podemos decir que los fundamentos metafísicos pueden interactuar en el marco

de una misma teoría, por cuanto de alguna forma que siempre hay que precisar, ellos configuran una suerte de "sistema". Por eso pensamos que mientras no se determine el grado de conexión metafísica en una disciplina, poco concluyente será en realidad su intención de ser autónoma, en tanto que por tal se entiende independiente de la filosofía. En este sentido, siempre nos resultará ejemplar la actitud de científicos que a comienzos de siglo reconocieron que toda autonomía real y verdadera, lo es con relación a una perspectiva.

NOTAS Y REFERENCIAS

* En conformidad con objetivos de la revista, la presente nota está diseñada para el comentario en las aulas. De aquí su carácter lacónico y fragmentario tanto en su contenido temático como en sus referencias bibliográficas. Por otra parte, reconoce deuda con ideas expresadas por el profesor Gastón Gómez Lasa, en lecciones de 1987-1988 en la Universidad Austral de Chile.

1. La discusión acerca de las relaciones entre ciencia y metafísica no es nueva. Como se sabe, la ciencia antigua y la ciencia moderna tomaron posición respecto de ella. Sin embargo, no es la misma la metafísica a lo largo del tiempo. Caracteriza además a nuestra época que la propia idea de metafísica no es unívoca.
2. Nos referimos, y claro está, con las reservas del caso, a obras de hombres de ciencias como Max Planck, Werner Heisenberg, Pierre Duhem, Louis de Broglie, Albert Einstein, Arthur Eddington, Erwin Schrödinger, para quienes fue problema decisivo el de los principios y fundamentos de la ciencia.
3. Antropología, Sociología, Historia, Psicología, Ciencias del Arte y la Literatura, fueron afectados también a nivel de sus fundamentos, y en virtud de ello, emanaron de estos ámbitos, aires de renovación en los que se puede reconocer un cierto estilo común, tanto en las actitudes y concepciones como en los procedimientos. En el caso del arte y la literatura, se sabe, afectó por igual a la dimensión creadora de la que da cuenta la reflexión, como a la dimensión teórica propiamente tal. Es ilustrativo que los propios creadores se transformen en analistas. En algún sentido se ha afirmado que todas estas reflexiones fueron unificadas por la preocupación e interés que despertó el lenguaje.
4. Cfr. Alfred Ayer, Bertrand Russell, Hans Reichenbach, Ludwig Wittgenstein.
5. Cfr. Karl Popper, Mario Bunge y en general la obra que siguió a la del Círculo de Viena.

6. Esta perspectiva ha sido considerada como central en las investigaciones históricas tradicionales de la filosofía y la ciencia, fundadas en el valor atribuido a todo lo intelectual y que encontramos hasta en los trabajos de R. G. Collingwood y en cierta medida en A. Koyré. Pero las investigaciones más recientes exigen que en esta "historia" se dé cuenta también del "origen" de esas propias ideas o concepciones de la metafísica, lo que impone salir del marco del puro intelecto, trascenderlo en algo que ya no es intelectual. En este sentido, J. Monod, F. Jacob, G. Sarton en la ciencia, J. Ortega y Gasset, J. Marías, X. Zubiri en la filosofía. También en la interpretación recién citada en N. Brown respecto de Freud.
7. Desde concepciones filosóficas y científicas no hostiles al pensamiento metafísico, este principio no resulta en modo alguno una sorpresa, en el sentido de reconocer una relación que en algún otro sentido es una supeditación. Lo que sí es sorprendente, es que desde campos que en cualquier caso están más próximas al pensamiento científico, se nos sugiere hoy un origen común a la metafísica y a la ciencia, un mismo principio. Por ejemplo, y en una relación que habría que pensar con sumo cuidado, en M. McLuhan y J. Derrida.
8. Cfr. J. ORTEGA y GASSET, Origen y epílogo de la filosofía, especialmente capítulo VI: "La filosofía parte a la descubierta de otro mundo", Madrid, Rev. de Occidente, 1972.
9. F. SOLER G., Apuntes sobre el pensar de Heidegger, Stgo. de Chile, Edit. Andrés Bello, 1983, pp. 154-155. Edición a cargo de Jorge Acevedo Guerra. Confróntese también la antecitada obra de J. Ortega y Gasset.
10. ORTEGA: Origen y epílogo de la filosofía, Apuntes sobre el pensamiento, La idea de principio en Leibniz, Investigaciones psicológicas. Entre otros muchos temas del pensamiento contemporáneo, es ilustrativa de una reflexión sobre los principios, la obra de E. HUSSERL, Investigaciones lógicas. Sobre la polémica en torno al Ser, véase la antecitada obra de Francisco Soler G.
11. Jacques DERRIDA. "La estructura, el signo y el juego en el discurso de las ciencias humanas", en Dos ensayos, Barcelona, Edit. Anagrama, p. 14, traducido por Eugenio Trías de L'écriture et la difference (París 1967). Para el contexto y proyección de estas ideas, véase De la gramatología, México, Siglo XXI edit., 1971; Tiempo y presencia, Stgo. de Chile, Edit. Universitaria, 1971. Para una visión de conjunto de las ideas del pensador francés, Vincent Descombes, Lo Mismo y lo Otro (Cuarenta y cinco años de filosofía francesa, 1933-1978), Madrid, Ediciones Cátedra, 1982.

12. Véase Norman BROWN, Eros y Tanatos, México, Joaquín Martiz, 1967; Herbert MARCUSE, Eros y Civilización, Barcelona, Seix Barral, 1969; LOUIS ALTHUSSER, La revolución teórica de Marx, México, Siglo XXI Editores, 1969.
13. L. ALTHUSSER y otros. Polémica sobre marxismo y humanismo, México, Siglo XXI Editores, 1968, p. 22.
14. Alvin TOFFLER, El "shock" del futuro, Barcelona, Plaza y Janéz, 1974.
15. Ver nota 12.